

LOS CAMINOS DE ENCUENTRO

Reflexiones sobre las luchas sociales en São Paulo

LUCIO KOWARICK

Introducción

Área Metropolitana de São Paulo: 14 millones de habitantes; la mayoría, cuando no está desempleada, obtiene una remuneración irrisoria; habita en cortijos, favelas* y casas precarias en la periferia. En pocas palabras: está inserta en una situación de exclusión que dilapida sus capacidades de trabajo. El presente ensayo se centra en las luchas sociales que se sucedieron durante la década pasada. Se trata de un esfuerzo teórico y metodológico que tiende a reconstruir los antecedentes de los conflictos que desembocan en las huelgas metalúrgicas de 1978-1980, indiscutible momento de auge del nuevo movimiento obrero y sindical. Con todo, la explicación de este vigor organizativo y reivindicatorio, a mi ver, pasa por embates que trascienden al ámbito de las relaciones de trabajo tomado *stricto sensu*, y aporta elementos para explicar las asociaciones, generalmente no visibles, entre los barrios y las fábricas.

Me restrinjo al área más rica del país, São Paulo, centro de acumulación del capitalismo dependiente, y a un período marcado por un intenso dinamismo económico —en términos de aumento de las tasas del Producto Interno Bruto— el cual, no obstante dicho aumento, se caracteriza por un acentuado rigor salarial y un deterioro de las condiciones de vida urbana en amplios sectores, de los que llevan adelante los engranajes de la producción.

En este contexto político-social depredatorio y salvaje se implantan las luchas de los habitantes y de los trabajadores.

El artículo comienza caracterizando los trazos esenciales de este

* Nota: a lo largo de este trabajo el autor utiliza el término “favela” el cual no se encuentra traducido. Se trata de las barriadas de la periferia con construcciones en materiales como cartón, piedra, lámina, etcétera; sus habitantes han llegado del interior del país a las metrópolis, y se trata de posesionarios sin tenencia regularizada, en peligro permanente de desalojo.

contexto, enfatizando que la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo no puede ser tratada sólo desde el ángulo del proceso de explotación del trabajo y de la depauperación sucesiva. En seguida, se desglosa un apartado de las así llamadas contradicciones sociales, relacionando las determinaciones macro estructurales de la sociedad brasileña con aquello que en este texto se denomina de experiencia o práctica de lucha. Finalmente, se trata de tejer los múltiples y discontinuos avances que llevan al momento de encuentro: trayectorias aisladas y parciales que se funden en una coyuntura de confrontación en la cual las prácticas de resistencia y organización, desarrolladas en sinnúmero de recobecos de este complejo y contradictorio escenario urbano-industrial, se entrelazan en un amplio y colectivo proceso de conflicto.

Éste es el objetivo central del artículo. Antes de llegar, tengo mi propio recurso analítico que se inicia con un marco estructural en el cual se asientan las desigualdades y antagonismos de un país que fue notable y funesto ejemplo de un capitalismo que asoció crecimiento con pobreza.

1. El marco estructural de las luchas urbanas: consideraciones teóricas y empíricas

No obstante ser el octavo país del mundo capitalista en términos de producto industrial, en Brasil los salarios, comparados con los de otras sociedades de incipiente industrialización, son bajísimos. Impera una legislación laboral que considera las huelgas ilegales, permite la intervención en los sindicatos y la prisión o destitución de sus líderes. La frecuente presión y represión sobre el movimiento obrero y popular, y la vasta oferta de mano de obra, han permitido un crecimiento que dilapida buena parte de la fuerza de trabajo de aquellos que sólo tienen su energía para vender en el mercado (Suplicy, 1978).

En períodos anteriores a 1980, cuando la economía crecía aceleradamente, hubo un notable aumento en el número de empleos, particularmente en los sectores modernos de la industria, lo que, en cierta forma, compensó los bajos niveles de remuneración que, como se verá más adelante, fueron drásticamente reducidos: la sobrevivencia de las familias depauperadas que, en forma dramáticamente precaria, se posibilitaba por la entrada de otros miembros de la familia en el mercado de trabajo, o por la extensión de las jornadas de trabajo, que frecuentemente eran del orden de 11 o 12 horas diarias.¹

¹ “En general, la jornada de trabajo varía entre 11 y 12 horas, extendiéndose en al-

Conviene recordar que el Brasil fue uno de los países periféricos capitalistas que más se industrializaron. La economía, que hasta la década de los años 50 era impulsada por las ramas tradicionales —principalmente la textil y la alimentaria— pasó a ser dinamizada por empresas de bienes de consumo duradero (automovilística y electrodoméstica), de bienes intermedios (siderurgia, papel, petroquímica y hulera) y de capital (maquinaria y equipo). De hecho, entre 1950 y 1980, el Producto Interno Bruto creció a una tasa media de 7.1% al año.

Se amplió particularmente al sector secundario de la economía que, del 20% de la renta interna generada en el país, pasó al 26%, en cuanto a la fuerza de trabajo presente en la industria, subió del 14 al 24%: en el último decenio fueron creados 3.5 millones de nuevos empleos fabriles, lo que corresponde a un 7.78% de aumento anual, bastante superior al incremento poblacional de las zonas urbanas, que fue del 4.83%.

Este notable aumento de la riqueza fue fruto de alteraciones en la división internacional del trabajo. La tradicional relación de dependencia —expresada en la exportación de productos primarios e importación de manufacturas— fue sustituida por una nueva relación, en la cual los países más desarrollados pasaron a producir dentro del Brasil productos que antes eran de exportación. Así, como fruto de ese *nuevo carácter de dependencia*, se creó una ampliada y compleja planta fabril: sin duda hubo crecimiento económico, si por eso se entiende la formación de capital adicional. La pobreza de los resultados no es, por tanto, fruto del estancamiento, sino de una modalidad extremadamente dinámica de capitalismo.

Esta enorme acumulación de riquezas se concentró en la región metropolitana de São Paulo, que se volvió foco fundamental de acumulación de capital y de concentración de fuerza de trabajo; en 1980 allí se encontraba el 46% del total de los salarios industriales pagados en el país, el 40% del valor de transformación y de las inversiones de capital en la industria y el 24% de la renta interna bruta. En esta región se localiza el 70% del valor de transformación de las ramas de material de transporte, eléctrico y hulero, el 60% de los productos farmacéuticos y plásticos, el 55% de lo referente al sector mecánico, además de haber una presencia significativa en casi todas las ramas de la producción.

Estas observaciones tienen por objeto destacar una *contradicción*

gunos casos a 14, 15 y 16 o más horas [...]. Las compañías ya planean su producto con base a una jornada de trabajo de 11 a 12 horas” (Arroyo, 1978: 34). Esta situación se refería a épocas de expansión económica; ahora, con la crisis, se propicia una liberación de la jornada de trabajo.

fundamental en el carácter de este crecimiento económico que se convino en denominar *dependiente-asociado* y que expresa, de hecho, que es el proceso concomitante a una acentuada exclusión socio-económica: el enorme progreso efectuado tuvo como contrapartida una drástica reducción salarial y un grave deterioro de las condiciones urbanas de existencia (Kowarick y Brands, 1978). Indicador de esto es que el salario mínimo decreciera en términos reales, entre 1959 y 1982, en cerca del 50% (véase cuadro I). Esta enorme reducción adquiere su significado real cuando se tiene en cuenta que no se trata, por lo menos hasta 1981, de un momento de crisis, sino de una tendencia estructural de la economía brasileña de las últimas décadas. La dilapidación de la fuerza de trabajo se hace patente: aquel que ganaba el salario mínimo en 1981, debía trabajar 84:35 horas más al mes para adquirir, en términos relativos, la misma canasta básica que recibía por la misma cantidad 22 años atrás. Asimismo, aquel que en 1981 contaba con dos salarios mínimos al mes, necesitaba cerca de 20 horas cuando mucho de trabajo por mes para obtener la referida canasta básica, comparado con el poder de compra de apenas un salario mínimo del final de la década de 1950. Se puede argumentar que son pocos los que reciben el salario mínimo. Sin duda esto es real, tomando en cuenta que apenas el 11% está en esta situación que tiende además a disminuir en los últimos años. Pero lo importante es que, si ello no afecta a muchos, sirve como parámetro que frena los niveles salariales inmediatamente superiores, pues constituye el foco que ilumina el espectro de remuneración de la clase trabajadora; recordemos, en este sentido, que el 39% de los trabajadores gana hasta dos salarios mínimos y que el 77% de la mano de obra rebasa en cinco veces esta remuneración mínima.²

No cabe detallar en el ámbito de este ensayo el conjunto de procesos que “permitieran” asociar el enorme crecimiento económico con la exasperante depauperación de los trabajadores. Basta señalar que, entre otros factores, el Estado, al mantener, a través de presión y re-

² Para resaltar todavía más esta modalidad salvaje de capitalismo, se menciona que en el auge del “boom” económico ocurrido después del golpe militar de 1964, conocido como “milagro brasileño” (1968-1973), mientras que la economía crecía a tasas superiores al 10% anual y la productividad del trabajo aumentaba 33% en São Paulo, el salario medio —que corresponde a la mitad de los trabajadores con menor nivel de remuneración— decrecía, también en términos de poder adquisitivo real, en 15%. La mortalidad infantil, indicador síntesis de calidad de vida, subió a niveles equivalentes a los existentes en la segunda posguerra, superando una tasa de 90 muertos por 1 000 nacidos vivos (Kowarick, 1979: 199-201). Se sabe que el 70% de las muertes de niños menores de un año está directamente asociado a falta de alimentación, esto es, pauperismo y falta de agua potable en los hogares.

presión, un rígido control sobre las iniciativas de la sociedad civil y en particular, sobre las organizaciones de los trabajadores, se colocó al servicio de una nueva modalidad de acumulación de capital. Por otro lado, de manera mucho más vigorosa, pasó a ser el productor directo de más valor en los sectores estratégicos, al mismo tiempo que conseguía un conjunto de subsidios —exención de impuestos, financiamiento a saldos negativos, facilidades para importación de maquinaria y equipo— de fundamental importancia para dinamizar las tasas de excedente; además de que, teniendo en cuenta la rapidez con que se operó la ampliación de las plantas industriales, ello generó una vasta infraestructura de servicios —energía eléctrica, comunicaciones, sistemas de vías de comunicación, red de agua y drenaje— prerequisites necesarios de un proceso de acumulación cuya base había aumentado rápida y enormemente (Oliveira, 1977: 10): se forjó así un Estado que, para mantener el “orden social”, permitió a las empresas prácticas funestas en relación a la explotación de mano de obra, al mismo tiempo que canalizaba cuantiosos recursos para agilizar la reproducción ampliada de capital en detrimento de los niveles de vida de los trabajadores (Afonso y Souza, 1977: 51).

Ejemplo de este proceso de exclusión del ámbito propiamente urbano es el Banco Nacional de la Habitación, poderosa maquinaria creada en 1964 que sirvió para dinamizar la economía, financiando cerca de 2 millones de unidades habitacionales, la gran mayoría destinada a las tasas de renta media y superior. Mientras eso ocurría, en São Paulo en 1980 existían 2.6 millones de personas que habitaban las llamadas “casas precarias de la periferia”, construidas por los propietarios de los lotes durante lo que irónicamente se denomina tiempo libre, en terrenos carentes de servicios básicos y alejados de los centros de trabajo.

Estos aspectos de miseria de la vida en la ciudad abren un espacio para discutir la exclusión socio-económica que afecta a la mano de obra, desde un ángulo que está íntimamente ligado a los grados y tipos de explotación de trabajo imperantes en el proceso productivo, pero que no se reduce a ellos. Se trata de la noción que denomino de “explotación urbana” (Kowarick, 1979; principalmente, véase el capítulo 4): es la suma de extorsiones que se operan a través de la inexistencia o precariedad de los servicios de consumo colectivo que, conjuntamente con el acceso a terreno y vivienda, se presentan como socialmente necesarios en relación a los niveles de subsistencia de la clase trabajadora y que agudizan todavía más la dilapidación que se realiza en el ámbito de la relación de trabajo.

Es necesario enfatizar, inicialmente, que la explotación urbana no es un proceso que se pueda disociar de la acumulación de capital y

CUADRO I
(MUNICIPIO DE SÃO PAULO)
EVOLUCIÓN DEL PRECIO DEL METRO CUADRADO DE TERRENO,
SALARIO MÍNIMO Y TIEMPO NECESARIO PARA LA ADQUISICIÓN
DEL CONJUNTO DE BIENES DE CONSUMO BÁSICO
(1959, índice = 100)

Años	<i>I Precio del metro² de terreno</i>	<i>II Salario mínimo medio real anual</i>	<i>III Tiempo necesario para la adquisición del conjunto de bienes de consumo básico</i>		
	<i>Índice</i>	<i>Índice</i>	<i>Horas</i>	<i>Minutos</i>	<i>Índice</i>
1959	100.00	100.00	65	05	100.00
1960	64.99	83.96	81	30	125.22
1961	—	93.36	71	54	110.47
1962	73.95	85.24	94	48	145.66
1963	—	75.02	98	20	151.09
1964	73.38	77.42	—	—	—
1965	—	74.35	88	16	135.62
1966	76.26	63.65	109	15	167.80
1967	—	60.31	105	16	161.74
1968	126.44	58.92	101	35	156.08
1969	—	56.70	110	23	169.60
1970	170.70	57.70	105	13	161.60
1971	—	55.22	111	47	171.75
1972	185.39	54.24	119	08	183.05
1973	—	49.70	147	04	225.97
1974	266.61	45.60	163	32	251.27
1975	—	47.60	149	40	229.96
1976	292.87	47.33	157	29	241.97
1977	—	49.32	141	49	217.90
1978	273.38	50.79	135	37	211.45
1979	—	51.26	153	04	235.00
1980	—	52.10	157	31	242.04
1981	—	52.94	149	40	229.97
1982	—	46.23	—	—	—

FUENTES: I *Evolución de los precios de terrenos (1959-1978)*, municipio de São Paulo.

COGEP (precios de 1975, mediana).

II DIEESE —*Salario mínimo*— Boletín de DIEESE, abril de 1982.

del grado de pauperismo. Esto no sólo porque los trabajadores explotados sean al mismo tiempo los habitantes despojados, sino también porque es la propia dinámica de creación y apropiación de la riqueza la que genera estas dos caras de la misma moneda. En otros términos, la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo refleja los niveles de remuneración que una mano de obra asalariada o autónoma logra conseguir. Pero, cada vez más, ésta es mediatizada por el Estado, que “regula” los montos salariales y las condiciones de trabajo en general de la misma manera en que, directa o indirectamente, genera los bienes de consumo colectivo, fundamentales cotidianamente para los trabajadores.

De esta forma, pienso que los niveles de vida no son la única consecuencia del grado de depauperación y del patrón de consumo individual.³ Considero que además de la depauperación, existe una variada gama de servicios de consumo colectivo vitales para la subsistencia de los trabajadores: transporte, salud, saneamiento, vivienda —que sólo tienen una calidad habitacional adecuada cuando cuentan con agua y drenaje— además de otros componentes como electrificación, pavimentación, escuelas, áreas para actividades culturales y de esparcimiento, elementos —unos más, otros menos— necesarios para la manutención de la capacidad de trabajo.

Así, cuando se mantienen los grados de depauperación de los trabajadores, sus niveles de reproducción podrán mejorar o empeorar en función de lo que consigan “retirar” del Poder Público, en lo que se refiere a bienes de consumo colectivos, subsidios, habitación popular o acceso a la tierra urbanizada, proceso que varía enormemente en función de las distintas coyunturas políticas y que pueden o no estar asociadas a conquistas de los trabajadores en la esfera de las relaciones de producción.⁴

3 Ésta es la posición de Evers (1980: 115) y otros: “el hecho de que en prácticamente todos los países latinoamericanos surjan movimientos de barrio indica que en su origen debe haber un problema común de alcance general. En una palabra, este problema se llama: depauperación”.

4 Tal vez sea conveniente ejemplificar: cuando el grado de miseria se mantenía prácticamente inalterado, a partir de 1975 bajaba la tasa de mortalidad infantil en São Paulo, que pasaba de 87 a 51/1 000 al fin del decenio; esto porque aumentaba la cantidad de viviendas con servicio de agua y drenaje, pasando, en 5 años, respectivamente, del 53 al 92% y del 30 al 47%. En otros términos, los habitantes obtuvieron del Estado un servicio esencial para sus barrios, mejorando un aspecto básico de su nivel de reproducción a través de la obtención de estos bienes de consumo colectivos, mientras continuaban trabajando muchas horas diarias para obtener remuneraciones irrisorias: la miseria continuaba básicamente igual.

Razonamiento semejante se puede hacer en relación al vertiginoso aumento del número de favelados, fundamentalmente a partir de 1975. De esta fecha hasta

2. Contradicciones sociales y experiencias de lucha

Las consideraciones desarrolladas en el apartado anterior permiten destacar que el conjunto de *contradicciones referentes a la reproducción urbana de la fuerza de trabajo*, contradicciones que relacionan pauperismo y relaciones de producción, no pueden de ninguna manera reducirse a ese pauperismo (Castells, 1980). El contraste entre las necesidades históricas crecientes y la pobreza de los barrios populares hace que los trabajadores, como habitantes desposeídos, desarrollen formas de reivindicación que no se agotan en el proceso de acumulación-explotación realizado por las empresas, y presionen a los poderes públicos por la mejoría de los componentes propiamente urbanos necesarios para su subsistencia.

En ese sentido es preciso aclarar que no se trata sólo de problemas urbanos antiguos que se agravaron con el crecimiento de las ciudades. El carácter de las contradicciones actuales de las metrópolis brasileñas, por otro lado, no obedece solamente a los imperativos de la economía monopólica que exige del Estado, como se había apuntado, cuantiosos recursos para expandirse de forma crecientemente ampliada —“los efectos útiles de la aglomeración”— en perjuicio de las necesidades de consumo colectivo de la población trabajadora (Topalov, 1979).

Depende también de los cambios que se operan en la cantidad y calidad de las acciones del Estado que lo vuelven, cada vez más, un agente productor y organizador de las desigualdades y hacia donde se canalizan conflictos y presiones por beneficios colectivos: “de hecho, las ciudades en cuanto *locus* de producción y consumo, incluidas no sólo habitación sino también redes de comunicación, de aguas y drenaje y demás servicios, no olvidando la tierra urbana, soporte material que recibe éstos u otros beneficios (y que origina una enorme especulación inmobiliaria) pasaron a expresar obstinadas formas de segregación socio-económicas. En ellas contrastan, de manera radical, las restringidas áreas privilegiadas destinadas a los estratos de medio y alto poder adquisitivo, con las inmensas zonas en donde se aglutinan los trabajadores que no pueden pagar el precio de un progreso

el final de la década, no hay un aumento del empobrecimiento ni ocurre un proceso de desempleo en masa. Tal incremento se relaciona más, a mi ver, con causas propiamente urbanas ligadas a la posibilidad de autoconstruir la propia vivienda en áreas extremadamente distantes de los lugares de trabajo. Esto supone gastos excesivos en el transporte y el desgaste físico inherente a la necesidad de utilizar entre 3 y 4 horas o más de locomoción diarias, en un sacrificio enorme para la construcción de la propia vivienda.

apoyado en la depauperación de aquellos que llevan adelante los engranajes productivos” (Kowarick, 1983:56).

Quiero dejar claro que no considero posible deducir las luchas sociales de las determinaciones macro-estructurales, puesto que no hay una relación lineal entre la precariedad de sus condiciones de existencia y los embates llevados adelante por los contingentes por ella afectados.⁵ Esto porque, en una situación variable pero común de exclusión socio-económica, los conflictos se manifiestan de manera diversa y, sobre todo, las experiencias de lucha tienen trayectorias extremadamente dispares proyectándose en *impasses* y salidas para los cuales las condiciones estructurales objetivas constituyen, en la mejor de las hipótesis, apenas un gran telón de fondo. No se trata de ignorarlas, sino de reconocer que, en sí, la depauperación y la expoliación son solamente materias primas que potencialmente alimentan los conflictos sociales: entre las contradicciones imperantes y las luchas propiamente dichas, hay todo un proceso de *producción de experiencia* que no está, de antemano, tejido en la tela de las determinaciones estructurales (Telles, 1982).

Antes de desarrollar este punto, conviene puntualizar algunas cuestiones que me parecen estratégicas para el análisis de las luchas urbanas. La primera observación se refiere al hecho de que no es de su carácter preciso y discontinuo —como destaca parte de la literatura sobre el tema— desde donde se debe inferir su potencialidad política. De hecho, desconcierta a algunos estudiosos que los movimientos urbanos surjan y desaparezcan, en un constante flujo y reflujo, sin tener continuidad o desdoblamientos aparentes. El error de estas interpretaciones está en que se basan en la pulsación inmediata de los conflictos sociales referidos a un parámetro también inmediato de la eficacia de los movimientos en constituir espacios de luchas de mayor envergadura. Cuando unos obtienen la satisfacción de sus reivindicaciones y pierden su vigor reivindicatorio, son, como se acostumbra decir, cooptados por el Estado. Cuando, cansados de reivindicar, refluyen sin obtener nada, la discrepancia en la capacidad de este tipo de lucha popular se generaliza. Ciertamente no es por medio de reconstrucciones atadas, temporal y espacialmente, a una historia natural de los acontecimientos, como se puede analizar el alcance de las múltiples y aparentemente devastadas luchas que se procesan en el escenario de nuestras ciudades.

Por otro lado, hay toda una serie de interpretaciones que pregonan ser el objetivo de las reivindicaciones o el factor determinante de su

⁵ Reproduzco aquí la argumentación desarrollada en un trabajo reciente: Kowarick (1983).

horizonte político: así, en la opinión de algunos, la lucha por la autoconstrucción de vivienda sería, por definición, reformista o pequeño burguesa ya que es fácilmente manipulable por los organismos estatales y porque tiene como fin el acceso a la propiedad privada (Pradilla, 1982).

En este sentido, me inclino a privilegiar las demandas ligadas a las necesidades básicas de subsistencia como las que se pueden transformar en luchas de mayor alcance político, en la medida en que penetran más las contradicciones que estructuran las formas de dominio y exclusión de una sociedad. Pero la potencialización de los conflictos no se construye al tenor de las reivindicaciones tomadas aisladamente: si el tejido social es confeccionado punto a punto, los caminos discontinuos de las diversas luchas sólo asumen su plena dimensión en el ámbito de determinadas coyunturas cuando la fragmentación de los acontecimientos cotidianos tiende a aglutinarse en torno a oposiciones que dinamizan conflictos de carácter colectivo. En otros términos, autoconstrucción, reivindicaciones por tierra o servicios públicos, puedan suponer poca capacidad de transformación, en el sentido de prever resultados parciales y aislados, o por el contrario, implantarse dentro de un proceso de confrontación radical y estratégica, como fue, por ejemplo, el caso de los conflictos urbanos en el derrocamiento del somocismo o como se presentan los actuales embates en los barrios de El Salvador, claramente articulados a una lucha que pone en jaque al capitalismo en aquel país.⁶

Conviene también destacar la falacia interpretativa inversa, que radica en ver los conflictos populares según una concepción que les atribuye, *a priori*, determinadas metas históricas a seguir. Nada tan elocuente como los desafortunados análisis sobre la realidad brasileña reciente, que tomaran este punto como premisa, atribuyendo una potencialidad transformadora que sería, por definición, inherente a las luchas que se desarrollan en nuestras ciudades. En otros términos, el empeño teórico y metodológico por rescatar la trayectoria y signifi-

⁶ “El aporte político y militar del enfrentamiento en Monimbo (pequeña ciudad a pocos kilómetros de Managua) en el proceso revolucionario es incalculable. Muestra que el alma de una insurrección esta indiscutiblemente constituida por el pueblo organizado a través de la estructura de barrios, donde están ubicados los excedentes de trabajo expulsados o descartados por los centros de trabajo de nuestro desarrollo capitalista específico, por lo menos en los sectores urbanos”, Lungo (s/f:61). Véase también: Lungo (1982). En el mismo sentido pueden ser analizadas las luchas de barrio en algunas coyunturas de confrontación en América Latina. Son los “paros nacionales” de Perú al final de la década pasada: Ballon y Tovar (1982). Es también el caso de las “huelgas cívicas” de Colombia de los años 70. Véase Sandroni (1981).

cación de varios movimientos sociales debe descartar lo que se podría denominar *visión génético-finalista*, en la cual el movimiento popular y sindical traería en sí, por una especie de vocación metafísica, los embriones que, tarde o temprano, desembocarían en luchas de calidad siempre superior. En este esquema, el flujo y reflujo de las luchas sociales darían señales positivas y negativas en función del papel que deberían desempeñar en vistas a un horizonte de redención pre-configurado, y adquieren un colorido interpretativo eminentemente voluntarista y dicotómico: el Estado adquiere el cariz de agente perverso del drama social, en cuanto movimiento social considerado como homogéneo en su composición y finalidades, en busca de una autonomía organizativa y reivindicativa siempre incompleta o simplemente negada por la dinámica concreta de los acontecimientos.

Por el contrario, es a partir de un *análisis desde dentro de los movimientos* que se deben entender sus flujos y reflujos, sus capacidades de invención y articulación con otras fuerzas sociales, lo que hace que los acontecimientos de desarrollen *en el avance de la lucha*, cuyos resultados no están de antemano estipulados por categorías analíticas que atan a los diversos agentes en una trama histórica previamente establecida.

Con todo, este análisis desde dentro no implica focalizar los movimientos al margen o contrapuestos a los agentes sociales y políticos que están presentes en la organización y en el avance de las reivindicaciones en que, muchas veces, tienen un peso ponderable los resultados y objetivos perseguidos: partidos y grupos políticos y religiosos, personal técnico, órganos asistenciales, son entre otros, agentes que frecuentemente se mezclan en los movimientos populares, dinamizan sus reivindicaciones y asumen posiciones de liderazgo. Esta presencia “de fuera”, que muchas veces se propone la utilización de los movimientos para objetivos que no habían sido propuestos y que, en no pocas ocasiones, acaba por dividir y destruir su vigor reivindicativo, no es rara, sino que, por el contrario, se integra a su proceso (Valladares, 1983). Es este proceso —marcado por adversidades, lleno de desviaciones, caracterizado por la constante reconciliación de divisiones y alianzas— lo que cabe reconstituir, recomponiéndolo como surcos de las luchas en los barrios y las fábricas.

3 Los momentos de fusión de los conflictos y reivindicaciones

Para entender la coyuntura de los conflictos que marca los años de 1978 a 1980, época de las grandes huelgas metalúrgicas en São Paulo

y San Bernardo del Campo, se hace necesario reconstruir las prácticas moleculares que se dieron en las fábricas y barrios desde los inicios de aquella década, cuando se configuraba una situación extremadamente represiva para toda forma de reivindicación social y económica (Telles, 1983). En concreto: los vastos y obstinados conflictos del último decenio pasan, por caminos cortos y poco perceptibles, por la trayectoria de las Comunidades Eclesiásticas de Base de la Iglesia, por los grupos ligados a la pastoral obrera y, más tarde, por la oposición sindical metalúrgica; se entrelazan también el movimiento contra el costo de la vida, por la regularización de los asentamientos clandestinos, y un conjunto variado y amplio de reivindicaciones que aglutina a los habitantes en torno de mejoras urbanas. Todos esos procesos de lucha, con sus flujos y reflujos, constituirán los canales por donde se sedimentará una experiencia, hasta que la resistencia se centre en los barrios populares de la ciudad, de fundamental importancia organizativa y reivindicatoria para las coyunturas de confrontación del futuro: por esos acontecimientos discontinuos, barrios y fábricas se encuentran en oposición al orden establecido, articulando prácticas construidas poco a poco, en lo cotidiano de las luchas dispersas y sin aparentes conexiones.

No fue por casualidad que la gran mayoría de los especialistas, académicos o no, fueron tomados por sorpresa cuando brotó la huelga metalúrgica de 1978 en São Paulo. Sólo que —ahora se sabe— antes de eso, pequeñas luchas se fueron desarrollando de manera no visible para aquellos que esperaban y fijaban su atención en las instancias organizacionales, en detrimento de fragmentadas manifestaciones que ocurrían en los lugares de trabajo, en las favelas y asentamientos “clandestinos”, en busca de mejoras en salud, agua, drenaje, transporte colectivo, habitación o acceso a la tierra.

Fueron ésos los micro acontecimientos que hicieron que las conciencias golpeadas por la represión, en un primer momento, se mantuvieran vivas, y en un momento posterior, se reavivaran de manera colectiva en un movimiento de reconquista de una identidad contra el mundo dominante, que durante largos años sistemáticamente ignoró, desarticuló o reprimió las iniciativas que surgieron en los centros de trabajo o habitacionales: aplastado y despedazado durante los años de auge del autoritarismo, el vigor reivindicatorio sólo pudo ser plenamente rescatado cuando, más allá del gran escenario organizacional, sindicatos y partidos se movieron en la cotidianeidad de lucha que transformó las prácticas aisladas en experiencias que se acumularon para embates de mayor envergadura. No se trata de negar la importancia de los partidos y sindicatos en el desarrollo de esas luchas, sino simplemente de adoptar un marco teórico y metodológico que incor-

pore y trascienda esos niveles de interpretación, procurando captar una historia que transcurre en innumerables y no demarcados espacios sociales de resistencia y movilizaciones. De ahí la necesidad de realizar una lectura de los movimientos sociales de modo de rescatar los momentos anteriores a la eclosión visible de los conflictos, recuperando una experiencia que no puede ser leída tan sólo a través de los organismos institucionales.

En el mismo caso de la huelga metalúrgica de San Bernardo del Campo de 1980, la lectura de los 41 días de paralización sería enormemente empobrecida si no se incorporara al análisis el conjunto extremadamente rico de aglutinación que se daba en los barrios y en las fábricas, en el cual la acción sindical implementaría e impulsaría al movimiento huelguista. La opresión imperante en la cotidianidad fabril y la temática de reconquista de una identidad obrera, son aspectos cruciales para que se entienda la fuerza de la huelga en esta región donde se ubica el corazón industrial del país (Abramo, 1983), pero esta fuerza no se explica sólo por la capacidad de movilización y organización sindical tomada *strictu sensu*: se explica también a través de la identificación popular con la causa metalúrgica, que transforma la ciudad en una amplia red de apoyos a los huelguistas, donde la lucha pasa a contar con múltiples y variados espacios sociales de solidaridad. El auge de la coyuntura —en este caso, una huelga— tiene por objetivo importantes reivindicaciones situadas en el mundo del trabajo fabril, pero la larga trayectoria para llegar a desembocar allí fue alimentada por un sinnúmero de situaciones que pasaron por aglutinaciones construidas en el escenario de los barrios populares ciudadanos, apuntando hacia un momento de fusión que se forjó en distintas experiencias de resistencia y de conflicto.

Esta temática permite reubicar de manera más precisa *la conexión entre las reivindicaciones del mundo del trabajo con aquellas que se refieren a mejoras urbanas*. Sobre el particular, las huelgas de San Bernardo y São Paulo, de 1978 a 1980, apuntan a trayectorias múltiples y variadas que rompen con la separación entre barrio y fábrica: los embates relativos a las reivindicaciones urbanas fueron de importancia en la dinamización del movimiento obrero, no sólo en los momentos de conflicto, sino también generalizando prácticas de resistencia que no existirían en los barrios si no se identificaran o conectaran con la causa huelguista; de la misma manera, en su momento el movimiento obrero y sindical, en innumerables ocasiones se proyectó a la dinamización de las luchas urbanas en busca de mejoras para los barrios populares.

Es preciso insistir en que los caminos que llevan al encuentro de experiencias de luchas fragmentadas, jamás ocurren naturalmente, co-

mo si hubiese una vocación espontánea para la identificación de intereses. Éstos se suceden a través de una práctica construida dentro del cotidiano masacrante, pero todo hace pensar que el peso de ese cotidiano funciona, las más de las veces, como elemento desmovilizador en la medida en que la participación tiene un costo inmediato, inmensamente mayor al de los resultados que se persiguen, siempre atrasados y frecuentemente no obtenidos. Como quiera que sea, la desconfianza y el cansancio presentes en la rutina de los días que se suceden entre la casa y el trabajo, no impiden el surgimiento de aglutinaciones que, en ciertos momentos, se transforman en movilizaciones de mayor vigor reivindicativo. Estos movimientos trazan en el fondo una secuencia de asociaciones forjada en la añoranza, en la situación común de los barrios desprovistos, en los atrasos de los transportes, en los accidentes y enfermedades, en la identificación con el compañero de trabajo, y no obstante la diversidad de trayectorias, en ciertas coyunturas acaban creando formas de solidaridad más amplias y colectivas, mientras aflora el *momento de fusión de los conflictos y reivindicaciones*.

Quizá no resulte arriesgado afirmar que —dejando de lado la dispersión y la fragmentación de los conflictos que permanecen en ámbitos parciales, dejando de aunar amplias y variadas esferas reivindicativas— los investigadores han sido entrenados para captar lo que hay de estático y parcializado y tengan grandes dificultades teóricas y metodológicas para percibir y comprender que el movimiento real de las luchas se intercala muchas veces de manera poco perceptible y que parece inexistente cuando se espera que semejante unificación de intereses se suceda de manera sistemática y permanente.

No se trata, obviamente, de hacer una fusión en el plano de la teoría para cubrir o encubrir lo que no existe en la realidad, precisamente porque la (des) articulación y la (des) unión de cada lucha concreta es, sobre todo, resultante de la suma y de la oposición de fuerzas sociales, donde se destaca la forma como las burocracias estatales generan los conflictos y reivindicaciones, identificando la forma para diluir o dividir —por la concesión, presión o represión— a múltiples grupos en su acción por la conquista de espacios socio-económicos y políticos más amplios.

En ese sentido, falta todavía mucho esfuerzo teórico y de investigación para encontrar instrumentos conceptuales que den cuenta de la problemática referente a la conexión entre la *explotación del trabajo y la expoliación urbana*, que sólo por razones de facilidad analítica pueden ser abordadas de manera separada. Es decir, falta todavía la ruptura de la separación que se hace entre las “esferas” de la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo (Evers *et al.*, 1982).

En ese esfuerzo, es preciso descartar el enfoque que ubica los movimientos que se lanzan a la conquista de mejoras urbanas como meros derivados de los embates que se dan en el ámbito de la explotación del trabajo. Ésta fue una larga tradición que pesó sobre las ciencias sociales así como una acción y concepción de los grupos políticos que veían las reivindicaciones urbanas como mero apéndice de los conflictos de trabajo: tenían alguna razón de ser —en la teoría y en la práctica— en la medida que sirvieran para dinamizar el movimiento obrero, pues sólo a éste tocaba la misión de golpear el meollo de las llamadas contradicciones fundamentales, y todo lo demás simplemente sería secundario.⁷

Por otro lado, hay que precisar que la temática de las luchas urbanas no puede aislarse del análisis de las reivindicaciones que se ubican en el ámbito de los bienes de consumo colectivo, el acceso a la tierra o la vivienda. Es preciso relacionarla en un cuadro teórico y de investigación más totalizante, principalmente ligado a la depauperación proveniente del mundo de las relaciones de trabajo que constituyen, por lo menos en el caso de las regiones más industrializadas, como São Paulo, uno de los fundamentos dinamizadores de los conflictos. Si las luchas avanzan paralelamente, existen efervescencias coyunturales en donde desembocan, y el entendimiento de tal encuentro requiere una profundización en la diversidad de los movimientos que se dan tanto en las fábricas como en los barrios, a fin de captar lo que denomino *momentos de fusión de los conflictos y reivindicaciones*. Como sea, fusión no significa unidad, sino, por el contrario, diversidad que temporalmente presenta elementos aglutinadores en contra de un enemigo común. Fusión tampoco quiere decir la suma de las experiencias anteriores: nace de la multiplicidad de las luchas del pasado que, en su momento de encuentro, presentaron algo nuevo, al redefinirse las fuerzas sociales, y generaron espacios que posibilitarían despliegues futuros.

Las precisiones que he pretendido en este ensayo son todavía tentativas. Parten de la posición subyacente, según la cual las luchas sociales, entendidas como aquellas que se suceden tanto en el ámbito de las relaciones de trabajo como las que se ubican en los barrios populares, son movimientos que en su heterogeneidad de objetivos y diversidad en la composición social de sus miembros, deben ser reconstituidas a la luz de la teoría de los conflictos de clase. Tal vez una lectura conjunta de los procesos de explotación de trabajo y expolia-

⁷ “El factor determinante no es la fábrica o el barrio, son las relaciones políticas entre las clases, en particular aquellas vinculadas al proceso de ocupación-transformación del Estado”, Castells (1980:33).

ción urbana, en un proceso que reconstruya los momentos de confrontación, pueda constituir una perspectiva teórica y metodológica que permita precibir la existencia del conflicto de clase y su sentido y significado de las luchas cotidianas.

Traducción de Rosa Aurora Espinosa G.

Bibliografía

- Abramo, Lais Wendel: (1983), *Greve Metalúrgica em São Bernardo: sobre a Dignidade do Trabalho*, mimeo, São Paulo, CEDEC.
- Afonso, Carlos A. y Herbert de Souza: (1977), *O Estado e o Desenvolvimento Capitalista no Brasil*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Arroyo, Raymundo: (1978), "Empobrecimento Relativo e Absoluto do Proletariado Brasileiro na última Década" en *A Situação da Classe Trabalhadora na América Latina*, Río de Janeiro, CEDEC/Paz e Terra, pp. 49-78.
- Ballon, Eduardo y Teresa Tovar: (1982), *Movimiento popular peruano 1976-1982: Movimientos regionales y paros nacionales*, mimeo, Lima, DESCO.
- Caccia Bava, Silvio: (s/f), *As Lutas nos Bairros e a Luta Sindical*, mimeo, São Paulo, CEDEC.
- Castells, Manuel: (1980), *Cidade, Democracia e Socialismo*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Evers, Tilman *et al.*: (1982), "Movimientos de Bairro e Estado: Lutas na Esfera de Reprodução na América Latina" en *Cidade Povo e Poder*, Río de Janeiro, CEDEC/Paz e Terra, pp. 110-160.
- Kowarick, Lúcio: (1979), *A Espoliação Urbana*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Kowarick, Lúcio: (1983a), "Lutas Urbanas e Movimentos Populares: Alguns Pontos para Reflexão" en *Espaço e Debates*, núm. 8, São Paulo, pp. 55-63.
- Kowarick, Lúcio: (1983b), *Lutas Urbanas: Pela Reconstituição de um Objeto de Estudo*, mimeo, São Paulo, CEDEC.

- Kowarick, Lúcio y Vinicius C. Brant coord.: (1978), *São Paulo Growth and Poverty*, Londres, Catholic Institute for International Relation, The Bowerdean Press.
- Lungo, Mario: (s/f), *Las políticas del Estado hacia los asentamientos populares urbanos, la reproducción de la fuerza de trabajo y las reivindicaciones urbanas*, mimeo, sin data.
- Lungo, Mario: (1981), *Las luchas populares en El Salvador: de la reivindicación urbana hacia la insurrección urbana*, mimeo, sin data.
- Oliveira, Francisco: (1977), "Acumulação Capitalista, Estado e Urbanização: A Nova Qualidade do Conflito de Classes" en *Contradições Urbanas e Movimentos Sociais*, Río de Janeiro, CEDEC/Paz e Terra, pp. 65-76.
- Pradilla, Emilio: (1982), "Autoconstrucción, explotación de la fuerza de trabajo y política del Estado en América Latina" en *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina*, Buenos Aires, SIAP.
- Sandroni, Paulo: (1981), "As Greves Cívicas como Forma de Luta de Massas na Colombia: de Rojas Pinilla (1953-1957) ao Pequeno Bogotazo (1977)" en *Espaço e Debate*, núm. 3, São Paulo, pp. 91-116.
- Suplicy, Eduardo M.: (1978), "O PNB e a Qualidade de Vida" en *Compromisso Brasileiro*, São Paulo.
- Telles, Vera Silva: (1982), *Movimentos Populares nos Anos 70: Suas Formas de Organização e Expansão*, mimeo, sin data.
- Topalov, Christian: (1979), *La urbanización capitalista*, México, Edicol.
- Valladares, Licia do Prado: (1983), *A Luta pela Terra no Brasil Urbano: Reflexões em Torno de Alguns Casos*, mimeo, Río de Janeiro, IUPERJ.